

## *SOBRE PERSPECTIVISMO Y GENEALOGÍA. UN ENSAYO SOBRE NIETZSCHE O SOBRE LA ESCRITURA HONESTA*

JORGE ALFONSO CHÁVEZ GALLO.

*Departamento de Filosofía/UAA*

Enrique Luján Salazar, *Perspectivismo y Genealogía. Un ensayo sobre Nietzsche*, Universidad de Guanajuato, Altexto, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Guanajuato, 2005, 97 pp.

Se sabe que no es posible capturar definitivamente algo sin, a la vez, matarlo. Es así con el pensamiento, y Nietzsche sin duda lo sabía. Pero por eso mismo había que seguir escribiendo: es inevitable que las palabras traicionen (en mayor o menor grado) al pensamiento, y es por eso que hay que seguir leyendo. Interpretar un texto es atentar contra la muerte misma, es dar a luz al pensamiento sepultado por palabras. Pero también, y principalmente, constituye un

atentado en contra de uno mismo (es decir, del mismo que uno es a cada día) en la medida en que ese pensamiento que revive no proviene de ese mismo, y en que en tanto proviene de ese mismo es ya, sin embargo, más que únicamente uno: es el hijo. La lectura de Nietzsche es, a este respecto, particularmente transfiguradora e inquietante, de ahí la necesidad de leerlo, de escribir sobre él, de pensar después de él. El nihilismo nos agobia, en efecto, el sin-sentido, la ausencia irreversible de Dios, pensar a Nietzsche es la tarea de nuestra época, así como para él fue una tarea pensar en ella. Y es que este pensador no sólo atestigua la llegada del nihilismo, sino que sale a recibirlo y a ajustar cuentas con él. Pensando al filó-

sofo errante pensamos nuestro futuro, del mismo modo en que pensando el futuro, Nietzsche se pensó a sí mismo (como al otro hacia el que cada día se va).

No puede uno adentrarse a una filosofía como la del pensador teutón sin estar dispuesto a traicionarse, a enjuiciar sus más profundas convicciones, a desangrar a ese mismo que devora, día con día, el futuro propio que se sostiene en nuestra cobardía. Enrique Luján sabe que "para aprender filosofía hay que correr el riesgo de hacerla y de replantearse los problemas que los grandes filósofos nos han dejado", es decir, que se requiere cierta osadía, particularmente, en el caso del pensamiento nietzscheano. Al arriesgarse, él también nos hace la invitación a hacerlo. En las páginas de su ensayo sobre Nietzsche encontraremos ante todo preguntas, acaso el extenso planteamiento de unas pocas interrogantes, suficientes sin embargo, para hacernos mirar hacia el abismo abierto por la filosofía de Nietzsche. Y es que mediante los signos de interrogación se abren horizontes, mientras que las respuestas siempre levantan algún muro. Éste es, en efecto, aquel riesgo: hallarse de súbito a la intemperie.

"El pensamiento filosófico –nos dice el autor– es un continuo diálogo con los pensadores que nos han precedido". Pues bien, en el diálogo que el propio Enrique entabla con Nietzsche se manifiesta la disposición a comprender, antes que la premura por iniciar una discusión. Nadie levanta la voz intentando aturdirnos durante la lectura, aunque lo trágico, el rostro terrible de la vida, nos esté mirando a los ojos. Se trata de una conversación en la que los interlocutores logran generar cierta confianza (la del respeto mutuo) en la que nadie tiene prisa y nadie intenta llegar primero. Esto no carece de importancia, sobre todo tomando en cuenta que "no podemos aprehender la realidad liberados de nuestras propias interpretaciones y presupuestos" (p. 30). Pero la conciencia de esto no conduce a una renuncia, "no se trata de negar en absoluto la posibilidad cognoscitiva humana" (p. 67) sino que habría de traducirse precisamente en aquella actitud de filólogo, tal como la entiende Nietzsche, en la que ya no se tiene prisa, al menos, por supuesto, que el dogmatismo esté tan profundamente enraizado en nosotros que sea imposible erradicarlo sin destruirnos también. En cualquier caso, de acuerdo al

filósofo del martillo, habría que estar dispuestos a ello, de ser ese el caso, ahora bien, cuando lo que se pretende es contribuir a la filosofía con un *quizá*, como el propio Enrique declara en la introducción de su ensayo, antes que erigirse en un nuevo representante de la verdad, entonces vale la pena detenerse y escuchar.

Todo esto hace del texto una muy buena forma de encontrarse con Nietzsche por primera vez; antes que pretender decirnos lo que el pensador errante habría verdaderamente dicho, nos plantea los problemas que pueden aguzar en nosotros los oídos para poder escuchar al propio filósofo, pero también es un texto para reencontrar al filólogo alemán, cuando se habla de su filosofía no puede esperarse que no se discrepe de algún aspecto de su interpretación, sin embargo un texto como el que nos reúne hoy sabe ser cordial ante las discrepancias. Ello es así, sin duda, porque se trata de un texto honesto que al interrogar cede la palabra tanto a Nietzsche como al lector, que trata con el autor, de que habla, como con un

maestro (un educador, en sentido nietzscheano) y que por ende, se vuelve él mismo didáctico. La base de esa honestidad, y con ella de todo diálogo auténtico, es la voluntad de escuchar, que puede expresarse con una vieja sentencia: "tenemos dos oídos y una boca, precisamente para escuchar más de lo que hablamos". No es propiamente diálogo, en efecto, el de dos que hablan, pero que no se escuchan. Así, lo que se enseña es, antes que nada, a aprender; pero también a sospechar: pues hablar mucho, escribir mucho, no es siempre síntoma de que se tienen buenos oídos.

Enrique Luján demuestra, siguiendo en ello también a Nietzsche, que la brevedad es una virtud cuando se dice lo que se tiene que decir, y nada más. Y como yo soy de la misma opinión, aquí resumo: el texto que se nos presenta sabe hablar y sabe guardar silencio: escucha y cede la palabra; pregunta y su respuesta va siempre precedida de un *quizá*; enseña, en fin, a aprender. Más que el propio tema del ensayo, es todo esto que señalamos lo que lo hace, justamente, hablar de Nietzsche.